

CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO

DIRECTOR ARTURO GIMENEZ

AÑO II
N.º 58
 Abril 7 de 1895
PRECIOS de SUSCRICION
 Montevideo y Departamentos

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	5.00
Un año	9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equivalente,
 con el aumento del franqueo
 Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos
 De venta en las principales librerías
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301
 MONTEVIDEO



DON MARTIN PEREZ

SUMARIO

TEXTO—«Martín Perez»—«Zig Zag», por Arturo A. Gimenez—«Fuego», por Pepe Extra—«Rayo de Luz»—«Para ellas», por Alina Doré—«El duo de los paguaras», por F. I.—«La Vendetta», por Nemo—«La mujer del cochero», por José Campo—«Entre dos fuerzas», (novela), por Arturo A. Gimenez—«Menuencias», «Correspondencia particular», «Avisos».

GRABADOS—«Mor. Martín Perez», por Aurelio Gimenez—«Para Ellas», (Retrato de niña), por el mismo—«El fondo de un corazón ó Apuro Ministerial», por Wimplaine, y varios intercalados en el texto, por Gimenez.

DON MARTIN PEREZ

Le hemos perdido. Los pensamientos de dos generaciones han rodeado su féretro y el cariño y el respeto de todos le acompaña á la tumba.

Aquellos, tantos, á quienes él puso sobre la frente los santos óleos en los primeros días de la existencia; aquellos que su mano unió con una bendición, consagrando la fé jurada en el hermoso instante de las esperanzas; aquellos que, niños, escucharon tantas veces su consejo sano, y tolerante en las plácidas tardes de «Detrina»; todos esos que componen hoy la sociedad toda de la ciudad á que con su constancia y abnegación dió un monumento más, habrán tenido un instante de recojimiento, de meditación triste, al saber que Dios se lo llevó.

Héroe de la fé, á propagarla dedicó su vida, y su fé inmensa levantó á San Francisco, ese San Francisco en el que cada hilada de ladrillos representa un sacrificio y cada pared una victoria.

Ese templo que él fué formando como un artista ingenuo enamorado de su obra, piedra por piedra, siguiéndole su cariño paso á paso en aquel lento progreso durante veinticinco años, ese templo cuya terminación fué el ensueño, el ideal de toda su vida, y que lega hoy á su Patria para que esta hermana de la Religión, que lo elevó de la nada, corone por fin su blanca torre; ese templo guarda por fin sus despojos, como antes guardó sus esperanzas, y allí, bajo sus naves dormirá en paz don Martín, velado su sueño de muerte por todo aquello en que él puso parte de su vida; que así la justicia dá al sacerdote, como según el gran escritor los pueblos de antes á sus hijos grandes, una capilla por sepulcro y una catedral por mausoleo.



—Para todos los que no tenemos casa propia, y más para los que no la tienen ni propia

ni ajena, es un consuelo saber que un mismo individuo ha adquirido varias casas,—me decía ayer un señor á quien le arrojan de la que habita, cada fin de mes.

—¿Sí? ¿Porqué?

—Porque así disminuye el número de los carceros.

Y es verdad ¿eh? Es una concentración de la propiedad.

Esto me lo decía apropósito de las últimas adquisiciones que Don Juan Presidente ha hecho, según los diarios; y á fé que los tales se han ocupado con interés de la cosa; ó de las casas, para decirlo bien.

Es lo de siempre, que la gente ha de meterse en aquello que no le interesa, á primera vista al menos.

Naturalmente, para censurarlo.

¡Qué mala es la gente!

Por supuesto que los más enojados con la adquisición, son los desheredados, ó pará el caso, los *descaseros* por la suerte.

Conozco un caballero decente aunque casado y empleado en el Correo, que habita una casa en la Calle Mal Abrigo y vive ó se hace la ilusión de que vive, tan dichosamente como un bisonte en los campos. Para llegar á la sala, hay que pasar por la habitación de la cocinera y por muchas otras cosas, incluso la de levantarse la tapa de los sesos contra el dintel de una puerta, secreta gracias á que no serian capaces de alumbrar el corredor todas las *flambeaux* de la *Marche de Monsieur le Ministre*.

El que no pierde la vida al subir la escalera, pierde el equilibrio al pasar el patio y se descompleta la osamenta contra las lozas que no pueden ya tenerse quietas en aquel declive. Para ir hasta el comedor en días de lluvia ha de llevarle á *babucha* su esposa, porque á él el agua le hace cosquillas y aquello parece una sucursal del Atlántico. Eso sí; un día dieron los dos con sus cuerpos en tierra y á él hubieron de sacarle con una red y con un catarro bronquial que casi le hace arrojar á trozos el alma.

Pues bien, Don Ramiro, (así se llama) me decía al saber lo de la adquisición de don Juan Excelencia.

—¡Parece mentira! Yo, no digo tres casas; ni un altílo hubiera comprado, á ser Presidente como él!

Y puede ser; hay gente así; quizá se hubiera contentado con un impermeable.

Pero S. E. Juan no participa de las mismas ideas. ¡Qué demonios! El es Presidente!

De esto no se han dado cuenta los de la prensa.

Y dale en censurar la compra, y decir que eso es anti-democrático y que Don Juan gasta más de lo que puede y que...

Eso no saben ellos! Es verdad que el sueldo sólo, á pesar de ser subidito, no daría para tanto ni para la mitad, pero ¿y lo que ha ahorrado viajando en trenvia en vez de andar en coche? ¿Les parece á ustedes que en tantos viajes á la playa como ha hecho en el verano pagando tan solo dos *vintenes* como cualquier Juan que no es Presidente, ha economizado poco? Es cierto que no falta quien diga que en esa afición á las *playas* ha de buscarse el origen del tesoro, pero á las malas lenguas no hay que hacerles caso, sino hacerse de casas.

Sobre todo; si los de la prensa, ¡perversos! y el pueblo no quieren que S. E. compre casas, que demonios! Que se las den ¿verdad? Que hagan una expresamente para las Excelencias embandadas, como la que tiene Felix Faure, por ejemplo. Un Eliseo uruguayo.

Por otra parte, el más extraordinario desinterés ha demostrado Don Juan Excelencia en el negocio que nos ocupa.

La casa no era para él!... La escrituración ha sido hecha en favor de su señora esposa, como regalo de cumpleaños.

He ahí una señora que no vá á temer envejecer, porque si los duelos con pan son menos, los años con casas son nada, naturalmente. Y como la señora llegue á una edad respetable, de fijo cualquier día le regala su esposo el Paso del Molino íntegro.

Caramba, pues yo conquie me regalaran solo

un cuarto, me animaba á cumplir años cada seis meses.

Estas cosas, como es natural, van á llegar á producir una revolución en el método de educación femenina.

Una mamá que tiene dos niñas flacas y un diente de más, amen de la mandíbula torcida, me decía ya.

—Pues á esta la estoy enseñando de otro modo, por si llega á casarse con algún sér que luego caiga de Presidente de la República.

—¿Sí? Y cómo es eso?

—Pues!... Como ahora las señoras de personajes oficiales van tomando cierta importancia ¿eh? cierta importancia política, es menester que las niñas vayan sabiendo ya como comportarse en un banquete político, donde se hagan votos, como lo hizo Don Juan, extensivos á ellas, para «que sigan unidas, trabajando en las árduas tareas del Gobierno, para lograr la felicidad de la Patria.»

Y luego, que cuando les toquen el himno Nacional como se usa ahora, lo cual es muy justo, porque siendo la cara mitad del Presidente, claro es que cuando menos la mitad de los honores le corresponden ¿verdad? Pues como decía, es menester que cuando les toquen el himno Nacional á su llegada, sepan tomar un aire augusto y majestuoso, sonriendo al mismo tiempo con cierta gracia no exenta de simulada modestia y etc. etc. etc.

—Sí señora; pero no le parece á usted que mejor fuera, ya que la Constitución y el buen gusto no les asignan otro papel, enseñarles simplemente á ser buenas dueñas de casa?

—Ah no; ahora habrá que enseñarles á ser cuando menos, buenas dueñas de... *casas*.

En fin; que las compras efectuadas por don Juan han alborotado á todo el mundo; porque aquí la gente ¡Dios mío! es tan entrometida!

—Pero oiga usted—decía uno ayer á cierto caballero. Es cierto que la casa principal la ha regalado don Juan á su señora?

—Sí.

—Pues va á ser curioso. Supóngase usted que don Juan viene á menos algún día y se ve obligado á alquilar los cuartos de ella por separado, como hacen muchos. Siendo toda la casa y por ende las piezas de la esposa....

—¿Qué?

—Que cualquier día sale alguno diciendo: «Hombre; he alquilado *los cuartos* de la señora de don Juan.»

ARTURO A. GIMENEZ.



FUEGO

Paseaba la calle Alfredo á la encantadora Juana por la que bebe los vientos y en claro las noches pasa. Calle arriba, calle abajo lleva ya dos horas largas mirando constantemente la mansión de su adorada, cuando cierto amigo suyo pasó y dijo:

—¡Calla, calla!

¿Qué haces aquí, lindo Alfredo?

¿No escuchas? ¡Estás en Babia!

—Es que estoy enamorado de una preciosa muchacha que vive en el tercer piso

de aquella casa tan alta...
 Pero, mira; que se asoma
 alguien á aquella ventana.
 —En efecto se vé un bulto,
 pero no veo á distancia...
 —¿Es ella ó será su madre?
 —Es un hombre
 —Tiene faldas...
 —Sí, pero yo no distingo
 aunque la noche muy clara...
 En esto pasó un bobeta
 mirando, hecho un papanatas,
 y al verlos quedó parado
 con una boca de á vara.
 Llegan despues dos modistas
 muy compuestas y muy guapas
 y al ver á los tres parados
 por ver qué miran, se paran,
 Y así se fué haciendo un grupo
 de la gente que pasaba,
 preguntando unos á otros
 de la agrupación la causa
 —¿Qué ha ocurrido?
 —Yo no sé
 —¿Usted sabe lo que pasa?
 —Yo creo que es que ahí han dado
 á un hombre de puñaladas,
 —¿Y dónde está?
 —El heridor
 se ha escapado hácia la plaza.
 —¿Y el herido?
 —Hace un momento
 lo llevaron á la cama.
 —Son ladrones.
 —¿Qué han robado?
 —Es una mujer casada
 que ha pegado a su marido.
 —Muy bien hecho.
 —Qué malvada!
 En tanto, á Alfredo su amigo
 decía: —Hay luz en la casa.
 Y él contestaba: —Es el fuego
 de sus ojos

—¡Ay qué gracial!
 —No te rías, que por ella
 tengo un incendio en el alma.
 Un hombre de los que hablaron
 al oír tales palabras
 dijo:—Es fuego: Me parece
 que por allí se ven las llamas.
 Corrió la voz al instante,
 y la jente allí parada
 ¡Fuego, fuego! repetía
 —Vengan los bomberos
 —¡Agu!
 tocó pito el celador
 y ya por calles y plazas
 corriendo la voz de fuego
 iba llevando la alarma;
 y llegaron los bomberos,
 el comisario, la guardia,
 jefe político y todas
 las jentes que no hacen falta,
 y todos llegaron solo...
 á apagar la viva llama
 que en el corazon de Alfredo
 encendió la hermosa Juana!

PEPE EXTRA.



RAYO DE LUZ

Me acuerdo que en el Club Uruguay, una noche, se



discutió mucho sobre esto:
 —Disculpen ustedes, dijo el joven que acababa de
 sernos presentado. Es un rumor y no otra cosa; no
 vean en ello ofensa, pero dicen en Europa que ustedes
 los orientales tienen las niñas más hermosas quizá,
 pero... pero nada más que hermosas.
 Fué una protesta general; ¿náda más que hermosas?
 ¡Pues!
 Y sonó el nombre de Maria García Lagos
 Yo no le conocía aún, pero cuando la vi más tarde
 en el Club Católico recitar aquel diálogo con tanto
chic, con tanta gracia, con tanto talento, ganas me die-
 ron de decir:
 —Eh! señores europeos! Que también hay muchachas
 inteligentes en Montevideo! ¡Caramba!

Otra vez cosas tristes, mis lectoras. Yo no sé si á
 ustedes les disgusta esto, aunque yo como mujer sé que
 hay en el corazón de todos nosotros más gusto por lo
 triste, por lo que hace sentir que por lo que hace reír;
 pero, aunque así no fuera, segura estoy de que tratán-
 dose de Don Martin, como todas le hemos llamado cari-
 ñosamente, durante veinte años, al digno y bondadoso
 párroco de San Francisco, nadie, ninguna se quejará
 de que les traigamos á la mente y al corazón el recuerdo
 de sus méritos y la sensación dolorosa de su pérdida.
 Tanto más, cuanto que á todas ustedes, ó por lo menos
 a la mayor parte; solteras á quienes él, al terminar cada
 ceremonia nupcial preguntaba sonriente y bondadoso,
 con aquella familiaridad cariñosa que le era peculiar: "á
 ver cuándo te toca á tí"; casadas á quién él unió con el
 hombre amado, en noche feliz, dedicándoles aquellas
 frases de esperanza y felicitación que tan bien sabía
 decir; viudas á quienes consoló con las palabras tran-
 quilas y dulces de la religión y del corazón en los tris-
 tes momentos en que la agonía del esposo querido le
 había hecho acudir junto al lecho; á todas ustedes, decía,

las he visto en la gran misa de requiem, última que
 presencié su cuerpo desde la tierra y primera que miró
 su alma desde el cielo, y á todas las he visto llorar, es-
 cuchando aquel extraño desvarío de las campanas, que
 locas, desconcertadas, lanzando toques sueltos, perdidos,
 estridentes como gritos de dolor, uniéndose dos cual si
 tropezasen sus lamentos, juntándose todas para dar
 con el alegre repiqueteo de fiesta la nota del delirio, pare-
 cían anunciar á la ciudad, desde lo alto de la torre
 que la abnegación del párroco levantó atrevida á los
 cielos, la muerte del padre, del amigo, del hermano ge-
 neroso y caballero, que durante tanto tiempo nos llamó
 á su iglesia querida, aquella su hija predilecta y mimada,
 ansioso de verla siempre bendecida por la juventud,
 esa su otra hija amada del corazón; por la juventud de
 esa gran sociedad que lo adoraba. Y las he visto enju-
 garse los ojos al escuchar la oración fúnebre, tan sen-
 cilla y sentida, de Monseñor De Leon, que enumerando
 los méritos de Don Martin nos decía cosas que todas
 sabíamos, pero que todas necesitábamos que nos repi-
 tiesen. Y les he visto brillar un instante los ojos húme-
 dos, brillar con la luz de
 la satisfacción del alma, al
 escuchar la valiente palabra
 del orador levantando in-
 dignado la calumnia que la
 maledicencia había querido
 hacer pesar sobre aquel
 ataud, y levantándola con la
 misma voz del muerto, cual
 si aún despues de arrar-
 cado á nuestro cariño, qui-
 siera por última vez hacer-
 nos oír su voz para espan-
 tar la maldad siempre en
 acecho, diciéndonos en una



'EL FONDO DE UN CORAZON'

APUNTALES
EL NATURAL
(CONOCIDOS SON)



—A moi, interpelez?!!



—Interpelez, a moi?!



bbbbb!



—C'est ridicule!...



—Bah!... Como si fuese cosa del otro mundo!



—Será si se me antoja! Pour ça, para algo je suis ministre!



—Porque si je l'attrape!...



—Mais...
¿Porque sea secreta la
sesion?



—Je ne comprend pas!



—Une grand' idea!!



—Je le diré a Mr. Idiari.



—Et si se enoca?



aplastaré!



—J'iré tout seul!



—Allons!

última expansión de amistad en un respiro de su alma oprimida "Yo no lo entiendo; yo no lo comprendo! Pero te juro ante Dios que nos oye, que nunca me he acercado al altar con conciencia de pecador!"

¡En fin! Se acabó. Ya no volveremos á ver á Don Martin haciendo los honores de su iglesia al todo Montevideo que acudía á ella, como un correcto y bondadoso dueño de casa, tan cortés y tan fino; como en aquellas grandes noches de novena de ánimas, en que á la salida,

desde el atrio, tenía para cada uno de los que lo habían acompañado un saludo de caballero y una sonrisa de sacerdote.

Les pido, mis amables lectoras, una lágrima para él, de esas que los recuerdos arrojan del corazón.

ALINA DORE.

EL DUO DE LOS PARACUAS

(En una mesa del café)

¿Que usted no sabe como es? Pues se lo voy á cantar, y luego, en un dos por tres, lo aprende á tararear.

¡Verá usted! Tanto se admira y tanto se ha repetido, que me parece mentira que no lo haya usted aprendido.

Primero se oye la orquesta tocando una introducción, y que viene á ser como ésta, salva la comparación; *Chin, Ta tará, tachim, tará, ta. chin, tará, ta....* y así siguen hasta el fin toda la parte primera, mientras sale por un lado una modista, y detrás un pollito enamorado, marcando ámbos el compás.

Luego el muchacho se junta porque la chica se para, hasta acercarle la punta del paraguas á la cara; y ella dice:—*Tara, ri, tara, rari, rara rero...* ¡No se acerque usted así, que me pincha caballero!

Sigue cantando el doncel con empeño sin igual, pues la quiere llevar él al café de San Marcial, y le dice: *Tiro, ra tiro, rira, tiro, ri,* que quiere decir: Y habrá solomillo y langostí.

La chica entonces se niega suplica el pollo á la dama, ella insiste, el otro ruega, y por fin la pobre exclama:

—¡Trrrrron! ¡Tari! ¡Chin! ¡Chon! ¡Si nos viera mi mamá!... Y él:—¡Prrrrron! ¡Tari! ¡Pin Pon!

Que ¡qué! que no les verá Le pregunta si es soltero y él dice que *por fortuna* que sí, que es un caballero que no tiene falta alguna.

Entonces dice la dama, al ver que se expresa así, que tiene muy mala fama, muy malo *de acá y de aquí;* y aunque la cosa es muy grave no se fija en tonterías, y él dice que ya lo sabe, que *esas son habladurías.*

Total, se cogen del brazo para ir juntos al café, ella por darle esquinazo y el pollo de buena fé, y mientras se oye en la orquesta otra vez la introducción,

y que viene á ser como ésta, salvo la repetición:

¡Chin, tara, tara, tachim!... como dijimos atrás, y vánse juntos al fin, marcando al mismo compás.

Pero ¿que le pasa á usted? ¡Le habrá dado algún vahído?... ¡Don Enrique! .. ¡Vamos! ¡Eh! ¡Demonio! ¡Si se ha dormido! ¡No despierta ni aún así! ¡Habrás visto grosero? Y con los gritos que di se me acercó un camarero que me dijo:—¡Es natural! que se duerma don Enrique! ¿Que ha de oír ese animal Si es más sordo que un tabique? ...

F. I.

LA "VENDETTA"

Cómo querit yo á Isolina, eso... eso solo yo puedo saberlo. Era un amor Isolinófono. Y no extrañen ustedes el término. Fuí estudiante de medicina.

La aguda lanceta de sus miradas, me inficionó con el deletéreo virus del amor, y la vacuna prendió de una manera asombrosa en mi corazón. El músculo aumentó catorce veces su volumen. Una hipertrofia erótica capaz de matar un buey sensible.

¡Ah qué amor! Las manifestaciones exteriores eran imponentes.

Cuando yo suspiraba á su lado, echaba un huracán del fondo de mi pecho; un suspiro capaz de derribar una puerta cochera. Cuando gemía, llorando desdenes, dejaba aterrados á todos los perros melancólicos del barrio. Cuando lloraba, azotado por sus crueldades, oh, cuando lloraba tenía que irme á colocar sobre una boca de tormenta, no bastando á recojer mis chorros de llanto un resumidero ordinario.

¿Querran ustedes creerlo? Isolina no me amaba! Veinte veces me lo dijo.

—Es inútil, Bermudo; no puedo amarle á usted. Es usted muy hediondo.

Era el desinfectante, señores. Yo era estudiante de Medicina. Ya lo he dicho.

—Pero Isolina, clamaba yo Si es el desinfectante!

—Bueno, será; pero yo no puedo amar á un hombre que anda hediondo á perro viejo.

Yo no sé dónde aquella niña habrá sacado que los perros ancianos huelen á ácido fénico.

—Y de todos modos, agregaba deteniendo mis explicaciones; parece usted una farmacia con chuletas, cuando se acerca con esos hedores. No puede ser.

Cuando me lo dijo por última vez, definitivamente, yo, en el colmo de una desesperación formidable empecé á dar bramidos de dolor y á echar baba sentimental.

Cuando oyó aquello, con jesto airado y ademan altivo me dijo.

—¿Quiere usted que se suponga la jente que oye, que yo tengo una vaca en casa? Bermudo, váyase usted. Y me arrojó.

Trasasé los umbrales de aquella casa hecho un animal enfermo.

Anduve loco, dí de coces á una pared, cojí un tabardillo y me morí.

Es que yo sabía que aquella infame adoraba á un sietemesino que tenía veinte pesos de sueldo y dos lunares con pelo!

Al poco tiempo de fallecido, mi cuerpo, á influencia de la infección importada por los pasajeros de Buenos Aires que no morían en el Lazareto, se descompuso en gran cantidad de mrobios, de *bacillus virgula*, á uno de los cuales, no sé cómo, fué á parar mi alma.

¡Ah! Cuando me ví microbio sentí un placer inefable, grandioso. Era lo que yo había soñado, era la venganza que se personificaba, digo, que se *microbificaba* en mí.

Siempre había pensado que de los muy pequeños es el poder; y ahora, siendo microscópico me veía inmensa. Consideraba que, cuando ni la prensa ni la opinion, ni la moral podían desalojar á Abella de su puesto, yo, con solo metérmele en los intestinos, podía arrojarle de él y hacerle arrojar cuanto mediante Charpentier y los 700 pesos de marras se hubiera metido en la barriga hasta la fecha.

Contando con que no siendo yo pueblo manso, nada podían contra mí los sables de Oneto, ni las lanzas de la Escolta, ni los discursos de Palomeque.

¡Pero no! Mi venganza ante todo! Con un vaso de agua de Santa Lucía rio y tósigo, me introduje en el estómago de Isolina, yo solo; no quería matarla; quería solo hacerla sufrir, y para eso no necesitaba compañeros.

¡Ah! Entonces empecé á gozar los dulces placeres de la *vendetta*. Isolina enfermó; se puso pálida y tuvo que aparecer ante el sietemesino con la nariz blanda y caída como una alpargata fuera de uso.

Y cómo gozaba yo, cuando al oír el sietemesino los suspiros que le arrancaban á Isolina los retortijos, le preguntaba con entonación dulce de avestruz tierno.

—¿Porq ue suspiras ¡ay! mi bien? ¿Qué tienes ¡ay! dice ce paloma? Por qué palideces, ¡ay! palmera gentil del pesil de mis amores?

Y ella le respondía.

—Porque me duelen las tripas!

Y le dejaba tísico de estupor.

Yo era dichoso, señores!

Pero llegó el momento que me temía.

Cuando ví aparecer los bigotes erizados y la barbaza feroz aunque afeitada el día anterior, de Morelli, de mi antiguo compañero de Facultad, que iba á asistirle, temblando le iba quedando estropajosa como trapo de fregona, y receté la medicina preventiva.

Ah, cuando sentí que por el exófago de Isolina se derramaba una cascada de citrato de Magnesia, yo no sé lo que pasó por mí.

Llegó finalmente la medicina á donde me hallaba, bu lenta, enérgica, brutal, arrasándolo todo, gritando en su hervor ¡afuera! ¡afuera!

La lucha fué terrible. Yo me resistía, con los otros malos jérmes allí albergados. El estrépito de la batalla debió oírse afuera, porque escuché entre el fragor del combate, que el sietemesino decía á Isolina:

—Pero hija, si parece que te estás descuajeringando por dentro!

Eso hubiera querido yo; pero fuí vencido. El citrato diluyó todo, todo, y me arrastró entre sus ondas hervorosas.

Isolina me arrojó, otra vez, en otro aciago día, de su estómago, como antes me arrojara de su casa!

¡Y de qué modo! De qué modo!

NEMO.



—¿Y? ¿Llevaste la carta que te dí para ese caballero?

—Si, señor que la llevé. Pero no ha de poder leerla, á lo que creu.

—¿Porqué?

—Porque debe ser ciego.

—¿Como?

—Si, señor. Fijúrese usted que entré á la sala donde se hallaba con muchas personas muy elejantes y al verme me dijo: ¿Y el sombrero?

¡Y yo lo llevaba puestu!! No lo veía sin duda.

LA MUJER DEL COCHERO

Pues señor, ya no debe tardar apenas el deseo me impide que tenga calma; que me hierve la sangre siento en las venas y un placer infinito dentro del alma, ¡La mujer del cochero de mi señora!...

Yo ya sé que á mi rango no corresponde; más quien soy de seguro que ella lo ignora, ¡Llevo en la frente escrito que soy el conde!...

Ya viene... ya se acerca... ¡ah no me olvida! (Ha tenido el cochero gusto esquisito!)

—Ya me hallaba impaciente, prenda querida, por admirar tus gracias, ven, angelito; ¿No te llamas Teresa?

—Si, ese es mi nombre —Pues eres tú de todas la más hermosa y á tu marido envidia pues será el hombre al que harás la existencia dulce y dichosa.

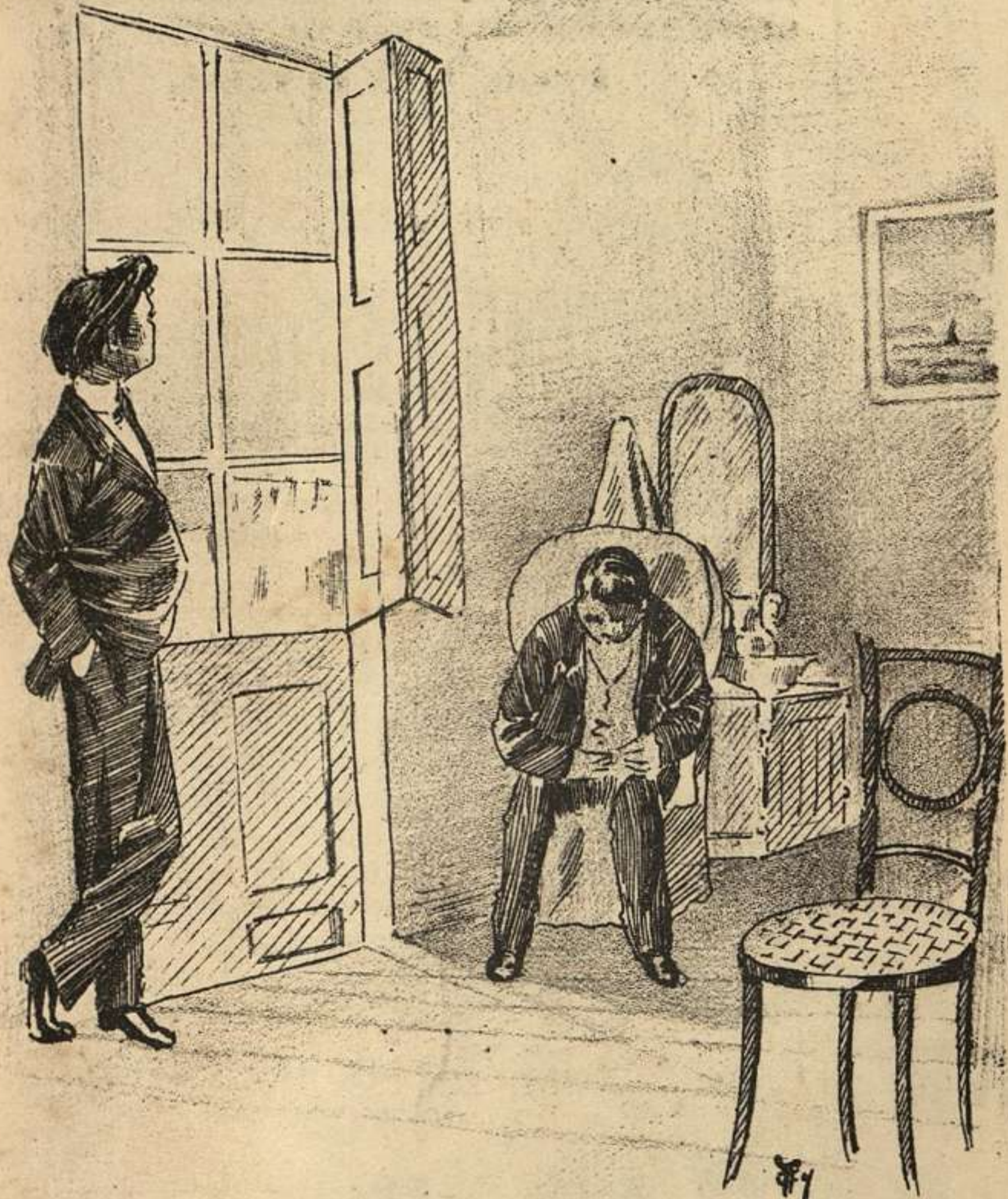
—¡Ay, si así fuera!...

—¿Cómo? ¿No satisface tu belleza á tu esposo?

—No ha satisfecho, cuando á otra mujer quiere. Y eso me hace faltar á mis deberes... ¡Solo el despecho!

Si, yo quiero vengarme!
—Justo castigo que debes aplicarle.
—¡Celosa y ciega!...
—No te enojas, monada, porque conmigo tendrás cariño y todo lo que él te niega, Da al olvido á ese esposo que estará donde unos labios impuros sin duda besa.
—Es cochero en la casa de un señor conde.
—¿Y allí con quien te engaña?
—¡Con la condesa!

JOSÉ CAMPO.



ENTRE DOS FUERZAS
NOVELA

POR
ARTURO A. GIMENEZ
III

(Continuación)

¿Acaso no se hubiera producido igualmente si yo hubiera pronunciado otro y no él? ¿Quién era capaz de asegurar que no evocó en su memoria el recuerdo de otro hombre a quien ella quería y al cual refirió aquellas palabras?
—Bueno, decía Mario; ya todo eso se me ha ocurrido a mí, pero es el caso que la misma dificultad me incita a acometer la empresa; ¡qué diablo! los obstáculos me escitan más; tal vez por esto solamente quiero conquistar a Delia. Porque debe tener cierto encanto particular la dominación de una mujer enérgica, que ha habido que sitiar y...
—¡Ya apareció Don Quijote con su afán de desconcertar aventuras!... No hables más tonterías; tú siempre tienes gigantes que vencer. Confiesa que te gusta la muchacha, y se acabó. Pero, veamos, veamos, veamos, muchacho; demos por supuesto que la niña llega a corresponderte; ¿qué haras entonces? Tu madre, egoísta como pocas, no va a consentir por nada en que le lleven a su niño mimado; y tú no tienes un *cobro*; luego, no puedes casarte y...
—¿I quién piensa en eso? interrumpió Mario.
—Pero entonces, dijo Daniel arqueando las cejas como muy extraño por aquella salida que, sin embargo, no había conseguido sorprenderle, tratándose de Mario; pero entonces ¿para qué cortejas a la muchacha?
—¿Para qué? Para gozar de la vida, ¡qué diablo! Somos jóvenes ella y yo, y es muy natural que gozemos las delicias que proporciona un amor correspondido.
—¿Sí, eh? ¿I a dónde iras a parar? ¿De algún modo ha de terminar el idilio!...
Mario respondió con voz fuerte y acento entusiasta. La discusión comenzaba entre aquellos dos eternos discutidores; era la misma, la de siempre; uno, tendiendo hacia arriba, en su eterno afán de espacio, de

ambiente propio para sostener sus a veces hermosas utopías, alimentando su entusiasmo por lo ideal en su deseo de lo mejor, solo satisfecho en aquella rejion en que todo puede ser grande y bello, mirado a traves de la imaginación, ese inmenso prisma que tiene una faceta para cada deseo.
El otro, temeroso de aquellos viajes a lo alto, firme en la tierra, procurando detenerle, sujetarle o atraerle a la realidad de que poco a poco se alejaba, provocado por aquellas palabras que parecían conceder un solo e inevitable término al amor.
—De algun modo ha de terminar... bien lo sé, y terminará indudablemente. Yo no sé cómo ni quiero preocuparme de ello; de alguna manera será; pero entre tanto gozemos del amor, de la juventud, de la vida, en una palabra! ¿Por qué la enojosa e inútil preocupación del porvenir ha de amargar el placer del presente? Amémoslos mientras sea posible; luego terminará el amor de alguna manera, pero ya habremos gozado momentos de felicidad y no tendremos por qué arrepentirnos de ello. Así debe ser ¿Por qué ha de terminar todo amor con el matrimonio? ¿Para obtener la posesión de ser amado? Distingamos entre el deseo y el amor. Además, no sería por cierto esta la razón que se atrevieran a dar las mujeres que desean un marido. I luego ¿es absolutamente necesario presentar a la mujer que se quiere la idea del matrimonio como un incentivo para obtener su amor? ¿Solamente a ese precio se ha de conseguir ser amado? ¿Ha de ser imposible encontrar una mujer que quiera sin ese interés que quite todo mérito al amor; que ame al hombre para encontrar en él la ternura que reclama su alma, y no el marido que necesita su orgullo?
Así no concibo yo ese gran sentimiento; la mujer, como el hombre, deben amar por que para eso fueron creados, porque para eso puso Dios en el corazón la llama divina del sentimiento.
Así, sí se comprende; amor por amor, y no amor por marido.

Decía todo esto con apasionamiento, accionando con vivacidad y rapidez: su mirada se animaba y con singular movilidad fruncía o arqueaba las negras cejas enérgicamente pronunciadas sobre su frente pálida.
Daniel le miraba, siempre silencioso, aguardando a que terminara; estaba ya acostumbrado a verle así, presa de extraña exaltación, siempre que esponía sus ideas y sueños más o menos brillantes con acento enérgico y convencido. Cuando hubo terminado empezó él a hablar con aquellos arranques repentinos y vehementes de que se dejaba llevar cuando veía segura la derrota de Mario, prodigando su ironía irritada.
—¡Todo un himno! ¡Lo hubieras dicho en verso! No se te quita la costumbre de desvariar en cuando te ofrece ocasión. Ya saliste con una de tus curiosas teorías. ¿Qué lindo el sueño, eh? ¡No, no y no! Todo eso es falso. La misión confiada a la mujer, es la de formar un hogar; dar elementos útiles a la sociedad. ¿O creeras que solo está en el mundo para tu exclusivo divertimento, para ser objeto de adorno en tu vida, para evitarte el fastidio? ¡Buena idea! Después, cuando te canses de ella, concluirá el idilio y seguiras tu camino como si tal cosa.
Pero ella, cuando no sea ya joven, no podrá encontrar marido que le preste su apoyo ni tendrá hijos que encanten su corazón, y entonces se agriará su carácter con la pérdida de las ilusiones y se convertirá en una de esas arpías terribles, cuyo corazón estéril no abriga ningún sentimiento bueno, ser inútil a la sociedad, que la habrá perdido gracias a la práctica de tus magníficas teorías!
Mario quizá cansado o distraído siguiendo el vuelo de sus pensamientos, permanecía silencioso en la penumbra.
Entonces Daniel abandonando su tonillo irónico, dijo con voz grave y acento sincero:
—Mira; lo mejor que puedes hacer, es no pensar mas en eso. Te lo aconsejo. Puede ser que llegue a corresponderte esa niña, pero nada ganarás con ello. Tienes un cerebro demasiado fecundo en creaciones imaginarias y esa no es buena cualidad para enamorarlo; luego, eres para ella un muchacho y no te quepa duda de que te dejará plantado en cuanto se presente un partido más ventajoso, ofreciendo lo que tú no ofrecerás. Pero entonces talvez se haya conver-

tido tu capricho en pasión y, quieras que nó, te hará sufrir el desden...
Las últimas palabras levantaron en el alma de Mario aquel sentimiento de orgullo extraño que le hacía considerarse como invulnerable a las heridas del sentimiento, oponiéndoles su voluntad que él consideraba omnipotente y la energía del carácter, bastante a dominar la debilidad del corazón, presunción que muchas veces abriga la juventud, y que es fuente más tarde de desengaños.
—¡Hombre, hombre! dijo con el tono de aquel que ha oído algo absurdo.
—¡Eh!... contestó Daniel encendiendo un cigarrillo; todo puede suceder, y en la duda, más te conviene no provocar los sucesos.
Mario no respondió; estaba junto a la ventana, con la cara pegada a los vidrios, mirando fijamente hacia la calle.
Empezaba a anochecer; los faroles públicos mos traban ya encendida su luz, rojiza ante la semi-claridad del crepúsculo, Una que otra carreta retrasada traqueaba sobre el adoquinado hamacando su calado farolillo de hoja de lata, perezosamente arrastrada por las mulas; el trabajo del día habia terminado y las tranquilas calles parecían participar de esa melancolía que infunde al alma la proximidad de la noche.
Mientras Daniel envuelto en una nube de humo silbaba suavemente en la sombra, Mario, sin ver la calle aunque hacia ella dirigia su mirada, meditaba dominado por la calma augusta de la naturaleza en la hora del descanso.
¿Valia realmente la pena esponerse a tales probabilidades por un capricho?
¿Era sensato cambiar aquella tranquilidad de que gozaba, abandonar la libertad que poseía, para sujetarse a los caprichos de una mujer que, en verdad, podría darle desazones más tarde? ¿No será mejor abandonar la partida y seguir como hasta entonces, libre de preocupaciones y cuidados? ¿I sí, a pesar de todo, llegaba aquella preocupación que sentia desde que frecuentaba Delia su casa, a aumentar de intensidad hasta hacerse insoportable? ¿Y si luego llegaba a convertirse en pasión al calor de su temperamento ardiente, esclavizándole con mengua de esa querida independencia de que tan orgulloso estaba? Preocupábale el temor de que pudiera aquello hacerle sufrir algún día; pero temia el sufrimiento tan solo porque en tales circunstancias lo consideraba una humillación: el resultado de la impotencia de la voluntad ante la fuerza del sentimiento.
Muchos se avergüenzan de ser hombres de corazón, lo cual basta para demostrar que no son dignos de serlo.
Mario y Daniel permanecieron aún cierto tiempo silenciosos en la pieza casi oscura ya; silenciosos como la naturaleza en aquella hora solemne de misteriosa y callada lucha entre la noche inmensa y la luz agonizante.
—¡Vaya al diablo todo! exclamó finalmente Mario irguiéndose resuelto; suceda lo que quiera, el domingo cuando Delia venga, decidiremos de una vez la situación. Se me ha metido entre ceja y ceja.
—E sí, se contentó con decir Daniel.
I volvieron a callar.
En la fortaleza del Cerro resonó lejano el cañonazo anunciando a la ciudad silenciosa la muerte del día.

(Continuará.)

INDEPENDENCIAS

Dando cuenta de los perjuicios causados por la última inundación, dice "La Razon".
"Se han establecido botes para vadear el arroyo, estando prohibido el tránsito sobre el punte de los Treinta y Tres los que cobran 20 centésimos por persona."
¿Los Treinta y Tres? Cómo está la época! dirán muchos al leer esto. Los que en otro tiempo libertaran con esforzado ánimo la Patria, dedicados al humilde oficio que les asigna "La Razon".
Y contar que siendo tantos y cobrado tan solo 20 centésimos por persona, apenas sacarán para comer!
A fé que curioso es lo que vió el cronista en viaje
¿Quién viera en ese paraje

á los bravos *Treinta y Tres*
cobrando al viajero peaje!

**

En el teatro:

—Hombre, ¡vaya una *soprano*! Si su voz no llega al sol.

—¿Al sol? Pues no llega ni á mi sillón, que es de cuarta fila!...

**

Hice una torre muy alta
y luego se vino abajo.
No siento la torre yo;
lo que siento es el porrazo.

**

«El señor Presidente de la República ha adquirido la casa en que habita en la calle 18 de Julio, y la situada en la misma calle esquina Yaguaron, hallándose en tratos para adquirir la que fué del Dr. Martín Aguirre, en la esquina Cuareim.

La primera fué escriturada á nombre de su señora, como regalo de cumpleaños.»

—Caramba! decía ayer leyendo esto, un amigo de mi fámulo, gallegazo más peludo que un cuero.—Quien me diera ser á mi Presidente como don Idiarte!

—Ah! Pus yo nó! Comu me llamu Benitu, que quisiera ser mujer de Dun Idiarte!

**

Dicen que, una vez clausurada la Exposición Nacional de Ganadería, se abrirá en el mismo local una Exposición de pinturas.

A propósito de esto, y exposiciones análogas, y arte, y demás, hablaban anoche varios en el café.

—Me acuerdo, dijo uno, de un cuadro que me hizo llorar.

—Algún asinto patético.

—No señor; era una marina. Se cayó sobre mi cabeza, y fué tal el dolor...

**

De la sección telegráfica de «El Siglo» y otros:
«Paris etc.—El presidente Sr. Felix Faure, ha indultado al capitán italiano Falta, procesado por espía.»

Pues es resolución de alta
trascendencia, ¡voto á san!
Como que ese capitán
hasta con el nombre *falta*.

**

En una velada musical:

—Al fin, señorita, estamos solos en esta apartada salita y, lejos, bien lejos del bullicio, podré decirle cuánto la quiero.

—¡Imposible! Mamá vá á cantar, y apenas abra la boca todo el mundo se refujará en esta pieza.

**

Declaración por escrito; métrica y patética.

Encantadora Conzuelo:
Aquí eotá un Cietemezino
que por tí se encuentra lelo.
¡O me amaz ó me azezino!

**

En visita:

El marido.—¡Oh! Yo aconsejaría á todo el mundo el matrimonio. Esta y yo nos queremos tanto que estamos como el primer día.

La mujer (ingénuamente).—Dispensa, hijo; yo estoy como el segundo.

Correspondencia Particular

Ebabiso.—Eh, baboso!

Un pájaro.—Montevideo.

No crea; no me *retobo*
como usted dice. Sincero
le creo, y *pájaro*; pero...
eso sí, pájaro bobo.

J. L..—Montevideo.—Pero ¿no tiene usted vergüenza de que la tinta que usa sepa lo que usted escribe?

El bacillus coma.—Montevideo.

Mire usted, *Bacillus coma*!

Quiero decirle animal
pero no lo tome á mal.

¿eh? Se lo digo á usted en broma.

El chico.—Montevideo.—Mire usted; el tema es viejo pero está bastante maltratado.

R. M. S..—Paysandú.—Es algo confuso, pero no le falta en ciertos pasajes gracia. Vaya; escribase Vd. otro.

Romeo.—San José.—Si lo veo y no lo creo.

Romeo!

Usted liberal, ateo,

Romeo!!

Matar usted á *Timoteo*,

Romeo!!!

Vamos; no sé lo que leo

Romeo!!!

Pero á estar á lo que veo
su alma, al amor inclinada
le ha hecho hacer una bobada.

Porque eso es tonto! Romeo!!

J. Ramoso.—Pando.—Allá ván los consejos pedidos: Cuando se ponga usted á escribir, piense mucho, mucho, lo que vá á hacer. Elija con cuidado los personajes, prepare bien la trama si la hay; evite convencionalismos, cíñase á la gramática, busque el título, y luego... no escriba.

S. Lasala.—Melo.

Señor Lasala:

Dibujo malo,
prosa, muy mala
verso, peor.

Tome usted un palo

y haciendo gala

de valor ralo

péguele al *Lord*

que en matándole usted, desaparecerá el artículo y se quedará el territorio tranquilo.

Manual de Abogacía práctica

Ó SEA

Comentario de los procedimientos judiciales en materia civil, comercial y penal en la jurisdicción ordinaria y militar

GUÍA PARA JUECES, ACTUARIOS, ALGUACILES, SÍNDICOS, PERITOS, LITIGANTES, PROPIETARIOS, MILITARES Y COMERCIANTES

Texto razonado

para los estudiantes de práctica forense o procedimientos generales; con formularios demostrativos sobre toda clase de juicios autos y dilijencias relativas á ellos

De esta obra, única en su género, formulada con arreglo á los Códigos vigentes en la República ha salido á luz el «primer tomo», que consta de 700 páginas próximamente, y se halla en venta en todas las librerías de la capital, ó en su administración, Uruguay 301.

AL POLO BAMBÁ

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo deseen, deben enviarlas cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria. Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de Pesos 1.50 el tomo.



LITOGRAFÍA
Y
TIPOGRAFÍA

Tarjetas, rótulos accionales, circulares, letras de cambio, cheques, conformes, memorandums, planos, diplomas, músicas, etc., etc.

Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA DE INGLESA FITZPATRICK

Hace esta fotografía Retratos tan excelentes Que á ella acuden á porfía Las más distinguidas gentes.



¿Una más?
MANUFACTURA DE TABACOS
HABANO XXX
GARANTIDO

F. CALLIGARIS
ESTUDIO FOTOGRAFICO
IBICUI 228

Fotografía de moda por la high life preferida donde se retrata toda la gente más distinguida.

EL ANTICUARIO

Vende, compra y revende El Anticuario libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

Estudio Fotografico de **DOLCE HER**

Calle Sarandí 359

Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.